

Vanessa Springora, *El consentimiento* Barcelona, Lumen, 2020.

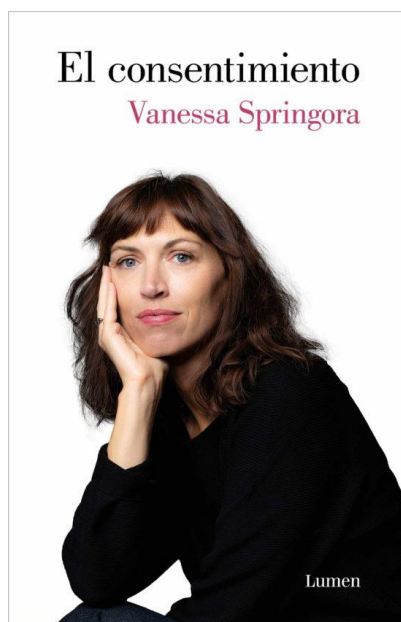
Reseña de JOSEFINA ARANDA ARMENGOD

El cazador cazado en su propia trampa

Vanessa Springora ha sabido hacer público, en el momento oportuno (Revolución #Me Too y empoderamiento en la lucha feminista), su *consentimiento* –en su primera novela con el mismo título– a un enamoramiento de una adolescente de catorce años, hacia un hombre maduro de cincuenta. Springora hace una narración de su vivencia, en estado de sobrevuelo, va acercándose a sus recuerdos para poder nombrar en forma de diario qué fue su experiencia íntima sobre lo que pudo significar consentir –sobre la ambigüedad de su consentimiento–. Nos preguntamos si sabía a qué consentía, o si más bien se trató de ceder a la situación que le supuso el

encuentro con el depredador y literato reconocido Gabriel Matzneff. V. (Vanessa) es la elegida; ella se ve a sí misma, mucho más guapa, se siente como una diosa; se ha fijado en ella un escritor, que se convertirá en el “Escritor”, confundiendo, según ella nos dice, “al hombre con el artista” En el capítulo “La presa” nos describe cómo cayó en sus redes, cómo *elle est tombée amoureuse*. Tras la primera cita, escribe como, desde que lo conoce, el tiempo se dilata estando a su lado, como regresa a su casa “con el corazón henchido de una alegría sin precedentes. Se siente enamorada y querida como nunca, y esto le basta para suspender todo juicio sobre su relación con G. (Gabriel). Una *epojé* suspendida durante treinta años que ha dado sus frutos en este escrito, al que animo a leer y pensar.

Springora escribe, no sin dificultad, conociendo la línea roja que está traspasando. Como ella misma nos describe: “sobre las páginas con grandes cuadrados azules atravesados por una delgada *línea roja*, empiezo a escribir con mi esmerada letra, aplicada como siempre, lo que me dicta”. De manera escolar, la adolescente escribe las palabras que su dictador ejerce sobre ella, un ejercicio de poder al que se está jugando a lo largo de la novela. Traspasar esa *línea roja* de la que V., de manera inconsciente, ya hace marca en su escritura, cuando nos narra en uno de sus recuerdos el dominio que G. ha ejercido sobre ella. Aún “suspendiendo el juicio” sobre lo que está viviendo, sus deseos de decidir por sí misma afloran a lo largo de toda la novela. Cuan fácil parece, para una adolescente de catorce años, traspasar esa línea que la moral de su tiempo le está orientando (la del mayo del 68 francés), una moral libertaria cuyo lema “*défense*



d'interdire” está exigiendo la liberación de toda relación sexual y la abolición de la edad del consentimiento. Gabriel Matzneff redacta una carta en defensa de los encarcelados por abusos a menores, que será firmada por intelectuales de la época. “Nadie hace un contrato antes de hacer el amor”, defiende Michel Foucault en una entrevista en la radio en 1978. Se pide que las niñas de doce y trece años puedan hacer el amor con quienes quieran. Sin embargo, V. sabe que ese amor es un amor prohibido, que las personas decentes lo censuran; de hecho, es el mismo G. quien le advierte que deben tener cuidado. V. hace oídos sordos a sus advertencias: “una muchacha de catorce años tiene el derecho y la libertad de amar a quien quiera”, se dice a sí misma. En su entorno libertario y *bohémio*, “de artistas e intelectuales, las discrepancias con la moral se asumen con tolerancia, incluso con cierta admiración”.

Springora es hija de su tiempo, vive enmarcada en una moral libertaria; pero, ¿y si nos preguntamos desde la ética de Spinoza? ¿Es Vanessa Springora causa de su decisión libre a consentir? No; según la lectura que nos presenta Deleuze sobre *la filosofía práctica de Spinoza*, se trataría solo de una ilusión, “ilusión de los decretos libres”, que alegan el poder que tenemos sobre nuestro cuerpo. Hay un deseo en V. que le hace inclinarse hacia G. y que Spinoza define como “un esfuerzo por el que cada cosa persevera en su ser”; y así nos unimos a lo que consideramos bueno, que es lo que conviene a nuestra naturaleza y aumenta nuestra potencia en ser. Eso parece que experimenta V., en el encuentro con G. “Gracias a él por fin existo”, nos comenta. Pero ¿no ocurre que Vanessa Springora, en esta experiencia que nos describe, se siente esclava, dominada y débil, disminuida en su propio ser? Cuando V. empieza a relatar su sufrimiento, conformándose con sufrir los efectos del cuerpo externo (cuerpo de G.) y su manera de vivir, aceptar que el “Escritor” viva seduciendo adolescentes, una tras otra, G. empieza a transformarse en un monstruo y V. “ya no sentirá ningún rastro de amor, se siente envilecida y más sola que nunca”. De esta manera V. se da cuenta de que ella no es la única, no es el amor de su vida, no es la redención y la salvación de G.; es solo una más de sus relaciones, una más de sus conquistas, desde la que halla la inspiración para sus triunfos literarios. Vanesa siente que en su supuesta elección ha elegido lo que no le convenía, que ha puesto en peligro su ser y, en lugar de aumentarlo, lo ha ido disminuyendo y mermando. Su elección la entristece, parafraseando a Spinoza.

Desde la impotencia, la adulta Springora ha ido gestando su venganza, ha podido responder a esa elección ambiguamente consentida con una idea inadecuada del enamoramiento y del amor. Con una denuncia a la pasividad de las instituciones: a la educativa (en la escuela, solo se le advierte por su actitud absentista); a la judicial (la Ley establece la mayoría de edad a los quince años, pero la *Brigada de Menores* hace oídos sordos a los avisos anónimos de denuncia que se le hacen al literato); a la sanitaria (en el hospital, solo se le ayuda a romper su himen con un bisturí y así facilitarle su goce sexual). La sociedad de su tiempo, en una entrevista en TV, bromea amablemente sobre la “escudería de jóvenes amantes” de las que G. se jacta. Entonces nos preguntamos: ¿es la sociedad la palanca que empuja a consentir a Vanessa Springora en su relación con Gabriel Matzneff? ¿El trauma de Vanessa Springora se debe al mundo externo, a la

sociedad de su tiempo? ¿Tanta fuerza tiene el orden social que se nos impone contra viento y marea? V. Springora da muestras de tener una gran capacidad de análisis sobre la cuestión, cuando dice:

El amor no tiene edad. No es esa la cuestión. Ahora sabía que, en relación con la existencia de G., su deseo por mí era infinitamente redundante y una triste banalidad, que era producto de la neurosis, de una adicción incontrolable. [...] G. no era un hombre como los demás. Solo mantenía relaciones sexuales con niñas vírgenes o niños apenas púberes para narrarlo en sus libros. Como hacía conmigo apoderándose de mi juventud con fines sexuales y literarios. [...] No, ese hombre no albergaba los mejores sentimientos. Ese hombre no era bueno. Era lo que aprendemos a temer desde niños: un ogro. [...] Era la pesadilla más perversa. Era una violencia innombrable.¹

Springora describe nuestro tiempo, el de la publicación de su libro, como un tiempo de “puritanismo”, que abre el debate ético (¿qué es y cómo es posible consentir?), el literario (la eterna problemática entre el autor y su obra), el social (¿qué deben hacer las instituciones al respecto?) y, sobre todo, sigue animando las denuncias de abuso que se vienen sucediéndose sin fin. Así es como Vanessa Springora ha podido publicar su diario, la historia de una niña, apresada, dominada, abandonada y marcada, “hasta el día en que la solución se presenta ante mis ojos como una evidencia: atrapar al cazador en su propia trampa, encerrarlo en un libro”.

Nota

1. SPRINGORA, VANESSA, *El consentimiento*, Barcelona, Lumen, 2020, pp. 118-119.